

En la Playa

VUELO DE ANGEL



AYER la ví, enlutada y triste: con el mismo luto y el mismo dolor, que como doble sudario envolvió su cuerpo y su alma, el día que su Conchita voló al cielo; hace ya cinco meses.

La pobre madre me contó la historia; humedeciendo el relato con las lágrimas que aún brotan de sus ojos al hablar de su hija.

Es la historia de un ángel de la tierra, que antes de manchar con el pecado la blancura inmaculada de su alma pura y santa, oyó que la llamaban los ángeles del cielo sus hermanos: extendió sus bracitos, y voló... voló... hasta llegar a la región azul, donde vive feliz, esperando a su madre, como se lo dijo al emprender el vuelo.

Conchita perdió a su padre cuando sólo contaba dos años de edad. Su madre, una madre buena y santa, cumplió sus deberes maternos para con su hija con escrupulosa fidelidad. El amor intenso que Da. Paz profesaba a aquella hija única, Tesoro y vida de su vida, como ella la llamaba, iba creciendo conforme la niña crecía en edad. Como buena madre supo amar; y porque supo amar, vigiló los primeros movimientos e inclinaciones de su hija, guiándolos por seguros cauces, y corrigiendo con suavidad y cariño todo aquello, que más adelante le hubiera sido difícil y quizá imposible corregir.

La esmeradísima educación religiosa que Conchita recibió de su madre, causó la admiración de los maestros y del mismo Párroco. Cuando por vez primera acudió a la escuela, podía ser maestra de las demás niñas de su edad. Escribía y leía con relativa perfección; pero lo que más admiró en ella la maestra fué la seguridad y soltura con que contestaba a todas las preguntas sobre Religión. Aquella niña nada tenía que aprender entre las demás niñas: todo lo sabía. Su madre había sido su maestra; y Conchita, dócil y buena, supo grabar en su tierna y despejada inteligencia las lecciones que recibiera recostada en el regazo maternal. Conducta ejemplar que debieran imitar tantas y tantas madres descuidadas, que ni educan cristianamente a sus hijos, ni los ponen en manos de maestros que los eduquen; faltando así a una de sus estrechísimas obligaciones, de cuya omisión habrán de rendir el último día de los tiempos rigurosa cuenta.

Conchita había cumplido ocho años. Era la víspera del gran día, pues al siguiente iba a celebrar la gran fiesta de su primera Comunión. Huelga de-

cir con qué solicitud y cuidado había preparado Da. Paz a su hija para ese acto tan tierno y conmovedor, el más solemne e inolvidable de nuestra vida.

Aquella tarde, después de confesarse, volvió Conchita a casa, modesta, sericita, con la paz y el candor en la mirada, y la inocencia de un ángel en el alma.

—¿Me perdonas, mamá?—dijo juntando sus manecitas, y besando las de su madre.

—¡Hija de mi corazón!—exclamó Da. Paz envolviéndola en un abrazo.—¿Qué quieres que te perdone, luz de mi vida?

—Mira, mamá: nos ha dicho el Padre que pidamos perdón; y mi amiga Angelita me ha dicho que un día echó una mentira a su madre, y que ahora se lo va a decir, y le va a pedir perdón... Yo no te he mentado, ¿verdad, mamá? Pero, una vez... ya verás: yo rompí aquella maceta; ¿te acuerdas? Era muy bonita, y ya tenía flores. Y tú le echabas la culpa al gato; y no te dije que la había roto yo, y ahora te lo digo... Y le he pedido perdón al Niño Jesús que está en el altar, para que mañana no esté enfadado... Y ya no me acuerdo de más cosas. ¿Verdad, mamá, que me perdonas lo de la maceta?

—¡Sí, hija de mi alma, sí! Todo te lo perdona tu madre.

—¿Por qué lloras, mamá...?

—¡Pero, si no lloró, ángel mío!—Y la pobre madre estrechó a su hija, mientras rápidamente se enjugaba las lágrimas, que ya había visto Conchita brillar en sus ojos.

—¡Si te he visto llorar! Y yo no quiero que llores, mamá; y te voy a dar muchos besos para que no llores más. Toma... toma...

En aquel momento, cuando madre e hija estaban en aquel idilio de amor, confundidas en un abrazo, llegó el Párroco, que contempló conmovido aquel cuadro de inimitable ternura. Conchita se desprendió de su madre, y después de besar las manos del sacerdote, salió de la habitación.

—Un tesoro, Da. Paz,—dijo el anciano Párroco sentándose,—tícnese usted un verdadero tesoro con esa hija; ¿qué inocencia y qué candor!

—Sí, Padre; Conchita es mi tesoro, mi consuelo y mi vida. Y doy gracias a Dios que me la conserva tan buena y tan inocente. ¡Si hubiera visto usted cómo me ha hecho llorar hace poco...!

—¿Y eso?...

—Nada: ha llegado de la iglesia, y sin más ni más se arrodilla, me besa

la mano, y me pide perdón. ¡Hija de mi alma, qué le voy a perdonar yo, si desde que nació es una santa! Me ha hecho llorar de veras.

—Sí, les he dicho que todas pidieran perdón a sus padres; como es costumbre entre los niños de este pueblo, cuando van a recibir por vez primera la santa Comunión. Y claro está, Conchita... Bueno, Da. Paz, a lo que vengo. He visitado a casi todas las familias de los niños, invitando a sus padres y hermanos a que se unan a ese acto tan solemne, comulgando con ellos. Me faltan todavía que visitar algunas casas, y como esta tarde no faltarán en la iglesia penitentes que confesar, desearía que fuese usted a esas familias, y les hiciese la misma invitación que yo he hecho a los demás.

—Con mucho gusto; sí, Padre. ¿Qué mayor satisfacción para mí? Y espero que todos acudirán; pues, gracias a Dios, en este pueblo...

—Muy bien, Da. Paz; y gracias... Llame usted a Conchita, que quiero hacerle una preguntita antes de marchar.

Al oír que la llaman, entra la niña con un ramo de flores a medio hacer, que estaba preparando para el día siguiente.

—Vamos a ver, Conchita: ¿qué le vas a pedir mañana a Jesús cuando lo recibas?

—Pues por el alma de mi papá, y de mis abuelitos, para que vayan al cielo... y por mi mamá para que no esté triste, ni llore... y por usted, que nos ha dicho que pidamos... y por... ¡si no me acuerdo!... Mamá lo sabe, que ella me lo ha enseñado.

—Bien, Conchita, y por tí, ¿qué le vas a pedir?

—Eso ya lo sé bien. Por mí, esta oración que me he aprendido de mamá: ¡Oh Jesús mío, que hoy entras en la casa de mi alma! No os separeis jamás de mí. Hacedme buena y santa. Si algún día os he de ofender, yo os pido que antes me enviéis la muerte, y me lleveis al cielo, con los angelitos que son amigos de las niñas buenas.

—¿Y de veras quieres morir antes que pecar?

—Sí, Padre: de veras... de veras; porque mamá dice que es mejor. ¿Verdad, mamá, que quiero más morir que pecar...?

La pregunta de aquel ángel quedó sin contestar. El anciano Párroco se despidió conmovido. De los ojos de la madre se desprendió una lágrima, que ella se apresuró a enjugar, antes que Conchita se fijase. La niña continuó

preparando su ramito de flores, como antes de intervenir en la conversación.

¡Pobre Da. Paz! ¡Presintió en aquel momento, con las intuiciones de su corazón de madre, la prematura muerte de su hija?...

Al día siguiente se celebró la gran fiesta de la primera Comunión: esa fiesta, aromatizada con todos los perfumes del paraíso: esa fiesta, que nunca puede presenciar sin que las lágrimas acudan a mis ojos: esa fiesta, más del cielo que de la tierra, que todos recordamos con emoción intensa; porque hubo un día feliz, el más feliz de nuestra vida, en que también nosotros, con el laquito de seda blanca, subimos por vez primera las gradas del altar, para recibir a todo un Dios; e íbamos acompañados de nuestras buenas madres, en cuyos ojos vimos temblar una lágrima, no sé si de alegría o de tristeza, que ellos derramaron en aquel solemne día pensando en nuestro porvenir... ¡Oh tiempos felices! ¡Oh día venturoso! ¡Quién pudiera cambiar todos los años por aquella hora, por aquella sola hora de mi primera Comunión...!

Entre el coro de niñas del pueblecito, que en aquel día recibieron la primera Comunión, estaba Conchita con su velito blanco, coronada de rosas blancas, como blanca era la flor de la inocencia que adornaba su alma virgen. A su lado estaba su madre, orando como oran las madres, en actitud devota, fija la vista en el altar, emocionada, extática, pidiendo a Jesús... ¡Ah! ¿quién podrá saber lo que pedía? ¿Quién puede penetrar los secretos del corazón de una madre, en el día de la primera Comunión de su hija, y de una hija como Conchita, huérfana de padre, hija única, y sobre todo, tan buena, tan santa...?

Rato hacía que la misa había terminado. Todos los fieles habían salido de la iglesia: todos, menos Conchita y su madre. La niña, después de rezar y pedir muchas cosas a Jesús, colocó el ramito de flores sobre el altar, se arrodilló, y con su vocécita de ángel recitó la oración, pidiendo a Jesús la muerte antes que el pecado manchase su alma.

Al oír la oración de su hija, Da. Paz temblaba sin saber por qué. Hubieran podido contar todas las palpitaciones de su corazón, en el rápido movimiento de su pecho. Cuando Conchita terminó su oración, las lágrimas bañaban el rostro de la madre; lágrimas mudas, ardientes, de fuego... ¿Por qué lloraba?...

Apenas había transcurrido un mes, cuando una mañana la niña comenzó a quejarse de mucho cansancio y calor, diciendo a su madre que no podía levantarse. Da. Paz tocó la frente de su hija, y le dió un vuelco el corazón. El cuerpo de Conchita ardía; de su frente salía fuego.

Alarmadísima llamó al médico que no tardó en llegar. Examinó con detención a la enfermita, la oscultó, hizo algunas preguntas a la madre, recetó no sé qué medicinas, y... nada más.

La pobre madre interrogó al doctor con una mirada de inquietud intensa. ¡Ella lo había visto! Al examinar a la niña, el médico hizo algunos movimientos y gestos que destrozaron el corazón de la madre. ¡Ella lo había notado! Y preguntó, preguntó con miedo, con un desconsuelo que daba pena.

—No hay que alarmarse así;—le dijo el doctor.—Por ahora... Bueno: que nadie entre, ni le hable... Nada de comer... ¡Esa maldita tifoidea!... Esta noche se presentará el delirio; pero no se apure por eso.

—¡Dios mío!—exclamó la desconsolada madre.—¡Hija de mi corazón!... ¡Doctor, por Dios! ¿se va a morir mi hija?... ¡Virgen santísima de los Dolores...!

—No se desanime tan pronto, señora. Es verdad que la niña... Pero el peligro no es por ahora inminente... En fin, ya veremos, ya veremos... Y a lo dicho; que nadie la visite... mucha quietud, y no hablarle.

Poco después de salir el doctor, llegó el anciano Párroco. Entró de puntillas en la habitación; saludó a Da. Paz con una inclinación de cabeza, y se acercó al lecho. Al tocar la frente de Conchita, y tomarle el pulso, la niña miró fijamente, con ojos muy abiertos; pero apenas si conoció al Padre.

—¡Por Dios! ¿Qué me dice usted? ¿Cómo está Conchita?...

El buen anciano, que sabía muy bien las virtudes que atesoraba el alma de aquella santa madre, no quiso engañarla. Le dijo la verdad, toda la verdad.

—Resignación, Da. Paz, mucha resignación y conformidad. Dios lo dispone así, y si El lo quiere... No quiero engañar a usted. Conchita está grave, y hay que aprovechar estos momentos de lucidez para administrarle los santos Sacramentos. Después... que se cumpla la voluntad de Dios...

La madre no contestó. Ya no sabía más que llorar. Fija e inmóvil estaba a la cabecera de la cama siguiendo con sus ojos todos los movimientos, todas las respiraciones, todas las miradas de su hija idolatrada.

Pasaron cinco días. Conchita pareció mejorar algo; y en el corazón de la madre comenzó a renacer la esperanza. ¡Ilusoria esperanza, por desgracia! La última visita del doctor apagó el débil rayo que por unos momentos había brillado en aquel corazón maternal. La ciencia se declaraba vencida. ¡Conchita iba a morir!!

¡Pobre madre! ¿Cómo quedó destrozado su corazón al oír la fatídica frase! ¡¡Sola!!... Iba a quedar sola en el mundo, sin su hija, sin su Conchita, sin

su vida! ¡Oh! ¿Qué sería la vida sin su hija?...

Aquella noche la niña estuvo delirando, casi sin cesar.

—Míralos, mamá... ¡Los ángeles!... No te vayas... ven, mamá... ¡Qué bonitos!... ¿Los ves?... No te vayas...

—¡¡Conchita!! Hija de mi corazón!... Estoy aquí, está aquí tu madre!... ¡Calla, hija de mi alma!... Duerme...

La enfermita seguía delirando:

—¡Ya vienen, ya vienen!... Uno... dos... tres... ¡Cuántos!... Me llaman... ¡Adios!... ¡Ya voy!...

—¡¡Nó: nó!!... ¡Vida de mi alma! Con tu madre: quédate con tu madre... ¡Virgen santa, piedad!!... ¡Salvadmela, que es mi hija!...

—¡Blancos!... Como yo, con vestidos blancos... El velo, mamá... ¡Ya se arrodillan... ¡A comulgar!... Ahora la oración: "¡Oh Jesús! si algún día... yo os pido que antes... la muerte"...

—¡¡Piedad!!... ¡¡Piedad, Dios mío!! Soy su madre... ¡Virgen de la Soledad!...

—Por mí le pediré... Díselo tú, mamá, al Párroco... ¿Verdad que quiero morir antes...?

—¡¡Dios mío!! ¡Salvadmela!... Que no os ofenderá... ¡Calla, hija de mi alma!

Como si la enfermita hubiera querido condescender con los deseos del desgarrado corazón de su madre, calló y cerró sus ojitos como si estuviese durmiendo... La madre tenía la vista clavada en el rostro de su hija, deseando vislumbrar en aquella quietud un rayo de esperanza.

Desgraciadamente no fué así. Poco antes del amanecer, la enfermita entreabrió los ojos, y quiso sonreír a su madre... Después con voz débil, entrecortada, moribunda, dejó oír sus últimas palabras.

—¡Yá están aquí!... Los angelitos... ¡Ya voy!... No: esperad... Un beso a mamá... ¡Voy; me voy...! Adios...

La niña quiso alzar su cabecita, y extender los brazos; pero no pudo. Había llegado el momento supremo. Hizo un pequeño movimiento... Abrió sus ojos... Los volvió a cerrar suavemente... y expiró.

—¡¡Concha, Concha!! ¡Hija de mi corazón!...—exclamó su madre abrazándola.—¡¡Muerta!!... ¡¡Muerta!! ¡Dios mío!... ¡Concha, hija mía!!

Y anonadada, sin fuerzas, sin aliento, medio muerta, cayó de rodillas con fiebre de amor y de dolor...

—¡Nó: nó! ¡Muerta nó!—exclamó el Párroco que llegaba en aquel momento.—En el cielo, con los ángeles... No la merecía el mundo... ¡Era un ángel!... Ha volado; ha volado con ellos al paraíso... ¡Ah! Conchita, alma san-

ta! ruega por tu madre, y pide por mí...

Y el buen anciano, que no pudo llegar antes por haber tenido que asistir a un moribundo, se acercó emocionadísimo al cadáver de la niña; depositó un beso en aquella frente, blanca como la nieve, y lloró... lloró mucho, como nunca había llorado en presencia de la muerte, que tantas veces había visto en el ejercicio de sus funciones...

.....
.....
.....

Ayer la ví, enlutada y triste, con el mismo luto y tristeza que como un sudario cubrió su cuerpo y su alma hace cinco meses, cuando murió su Con-

chita.

—Fué la voluntad de Dios Da. Paz,— le dije después de saludarla.—

Me miró con una mirada de resignación y de esperanza; y alzó sus ojos al cielo.

—Sí: fué su voluntad. Bendita sea para siempre! No me quejo... ¡Me consuela tanto mirar al cielo, donde vive mi Conchita...! ¡Qué hermoso será el cielo en compañía de mi adorada hija...!

Así habló, y se despidió... Yo, viéndola marchar enlutada y triste, miré también al cielo, y pensé: Tiene razón esa madre. ¡Qué hermoso será el cielo, viviendo en compañía de los seres que-

ridos que la muerte nos arrebató en luctuoso día...!

¡¡Qué hermoso...!!

EL SOLITARIO.



Padres Cristianos, ¡Una Futesa!

Fuera era bien que dejaran marchita una planta tan fina, exquisita, a merced de una docta ¡payesa! emperrada en verter al pimpollo devociones la mar, sin meollo.

Y a impulsiones de cultos Maestros en la Ciencia, en Virtud nada diestros, vaciado quedó en la turquesa modernista, que deja, sin nombre ni la fe sus padres, al hombre.

Concurrió ¡ciudadano perfecto! a talleres el Gran Arquitecto. Nunca a templos en que se confiesa que es de Dios el poder, tan sin cuento, que los mundos le dan rendimiento.

Con infamias de halcón, infernadas, muchas flores dejó deshojadas: y en lugar de cumplir su promesa, "Yo no adquiero", decía, ¡cobarde! "ya las gemas que están, sin alarde".

Pacta vil, y sin más condiciones, con los gustos y las inducciones del placer que le trata cual presa: y de Baco y de Venus al viento, se convierte almacén purulento.

Sus llamados (que nunca sinceros se ofrecieron por él) compañeros de su lado partieron apriesa. ¡Que es el porte de los sin creencias, cara al goce, de envés las dolencias!

Sin valor, ni queriendo a sí mismo yá sufrirse, se hundió en paroxismo, y apañó criminal pistoresa, la que al punto taladra aquel pecho, ¡temporal de pasiones deshecho!

En el más reducido paraje de apartado y sombrío bosque, sin sellarla una cruz, ved su huesa. ¡Qué le importa saber al mundano, lo que yace, si es fiera o cristiano!

UN FILIPINO.

Dr. Miguel de la Concepcion
DENTISTA

25 T. Pinpin

Tel. 3532

Romarico Agcaoili
Ingeniero Civil - Contratista

Confeccionan planos y especificaciones
608 Colorado.

Tel. 329.